

prohibió Gregorio á todos los eclesiásticos, seculares y regulares, esentos ó no esentos, confesar y predicar sin permiso y aprobacion del ordinario. Hubo en lo antiguo grandes disputas sobre este punto de disciplina, con respecto á los religiosos, porque pretendian algunos autores que una vez concedida la aprobacion por el obispo, podia muy bien revocarla su sucesor, pero no el mismo que la habia concedido: pretension temeraria y opuesta, no solo á los derechos naturales del episcopado, sino tambien á todo el régimen y gobierno de la casa de Dios. Como los obispos comunican sus facultades á quienes les agrada, es natural que las recojan cuando lo tengan por conveniente. ¡Ay de los que se dejan llevar del odio ó del capricho en la dispensacion de las cosas sagradas! ¿Pero qué seria del rebaño de Jesucristo, si no hubiese libertad para echar del redil á los lobos, una vez que se hubiesen introducido en él? Pueden éstos sorprender la vigilancia mas atenta cubriéndose con la piel de ovejas, y el ministro que al principio edificaba con su conducta, puede desmentirse despues y ser una piedra de escándalo. Es, pues, razonable y aun absolutamente necesario, que el primer pastor conserve en su gobierno una libertad, sin la cual solo puede responder en parte del rebaño de que está encargado.

8. A instancias del Rey Cristianísimo erigió Gregorio XV en metrópoli el obispado de París, á 20 de Octubre de 1622. Se le dieron por sufragáneos los obispados de Orleans, Meaux y Chartres, á los cuales

se añadió el de Blois, creado en tiempo de Luis XIV. Como todas estas supresiones se hacian á espensas de la iglesia de Sens, y perjudicaban considerablemente á esta ciudad, se opuso á ellas el cabildo con mucho empeño; pero se pasó por todo en favor de la capital de un gran reino, á la que debia haberse concedido mucho antes un grado de esplendor tan conveniente. Por la misma razon se condecoró á la nueva metrópoli en el reinado de Luis el Grande con la dignidad de duque y par, inherente á los arzobispos de París. Para estas innovaciones se habia elegido el tiempo en que estaban vacantes las dos sillas. Juan Davy Peron, arzobispo de Sens, habia muerto en 1621, tres años despues que el célebre cardenal su hermano. El cardenal Enrique de Gondi fue el último obispo de París, y Juan Francisco de Gondi, su hermano, fue el primer arzobispo de aquella diócesi. Por el mismo tiempo estableció en Roma Gregorio XV una congregacion para la propagacion de la fe.

9. Siendo cardenal este Papa, habia tenido la comision de negociar un tratado entre Francia y Saboya. Con este motivo trató mucho en Turin al duque de Lesdiguières, y fue á despedirse de él antes de restituirse á Roma. Al tiempo de separarse: „no soy tan enemigo de la Iglesia (le dijo Lesdiguières) que deje de desearla un Papa de vuestro mérito. Y yo os estimo tanto (respondió el cardenal), que deseo veros buen católico. Como en eso consistiese el que fueseis Papa (replicó Lesdiguières) no tardariais en serlo. Poco á poco (repuso el cardenal): yo me contentó

con que me deis palabra de haceros católico, si llego á ser Papa." Lo prometió; y ya fuese todo ello una chanza, ó un efecto de urbanidad, lo cierto es que se cumplió puntualmente. Referimos este hecho, no como digno de atención por sí mismo, sino para confundir á los vengativos y satíricos sectarios, que se empeñan en hacer creer que la conversion del duque de Lesdiguières fue un fruto precipitado de la oferta que se le hizo de la dignidad de condestable. Ya hemos visto que oia con particular complacencia los sermones de los predicadores católicos, y especialmente los del padre Cotton. No oyó con menos gusto ni con menos fruto los de San Francisco de Sales en las dos cuaresmas que predicó este santo obispo en Grenoble. Las conversaciones privadas con un prelado tan poderoso en obras y en palabras, concluyeron casi de todo punto lo que se habia principiado desde el púlpito; y si solo se hubiera tratado de convencimiento, pronto habria quedado resuelta la conversion del duque. Pero este grande estaba enamorado de una muchacha de baja esfera, la famosa María Viñon, con la cual se casó por último despues de la muerte de la duquesa. Entretanto, el piadoso prelado, para quien era cosa de poco momento la profesion de la verdadera fe si no correspondian las costumbres á su pureza, apresuró con el fervor de sus oraciones el momento de la gracia, la que por fin tuvo su pleno efecto en Grenoble, donde abjuró públicamente Lesdiguières en manos del arzobispo, á 24 de Julio de 1622.

Los calvinistas llevaron sin duda alguna muy á mal esta conversion, pero solo porque los cubria de oprobio, y no, como dice un historiador francés, porque perdían uno de sus mas firmes apoyos (1). Habia sido siempre Lesdiguières tan buen vasallo, que con dificultad podia ser buen hugonote. Apenas asistia á sus asambleas, sino para exhortarlos á la paz, y frustrar las resoluciones que se dirigian á la rebelion, ó que eran contrarias á las intenciones de la corte. Mientras él fue gobernador del Delfinado, no se rebelaron en aquella provincia los religionarios. Siguió las armas del Rey contra ellos en las espediciones mas importantes: y en el consejo siempre fue de opinion que se tratase á los obstinados como á alborotadores y sediciosos, sin hacer caso de su religion. Sobre este punto pueden consultarse las memorias del duque de Roan.

10. No tuvo poco gusto el santo obispo de Ginebra cuando supo el triunfo que habia conseguido la fe católica con la conversion perfecta de un personaje tan considerable como el duque de Lesdiguières; pero el celoso prelado murió de allí á cinco meses (2). Aunque era de edad poco avanzada, se sentia ya aniquilado con los trabajos del episcopado, ó por mejor decir, de un apostolado verdadero y sin interrupcion; cada dia desfallecian considerablemente sus fuerzas, y temiendo, segun el bajo concepto que tenia de sí mismo, que padeciese la obra de Dios con motivo de

(1) *Du Pin, Hist. de Luis XIII. año 1622.* (2) *Vid. de San Franc. de Sal.*

su quebrantada salud, habia elegido á su hermano por auxiliar. No podía recaer su eleccion en un eclesiástico mas virtuoso ni mas capáz por todos títulos de sostener lo que él habia emprendido para el perfecto restablecimiento de la desgraciada diócesi de Ginebra. Sabiendo no obstante que la misma virtud está sujeta á engañarse, y deseando no dejarse llevar de los impulsos de la sangre y de los sentimientos humanos, habia consultado, antes de resolverse, á los prelados mas santos, y en particular al cardenal Federico Borromeo, primo hermano y sucesor del santo arzobispo de Milán, cuyas virtudes procuraba imitar con el mayor conato.

Quiso que fuese consagrado inmediatamente el auxiliar, sin embargo de que él no habia querido consagrarse en vida de su predecesor; trató desde luego de dividir con él su autoridad; hizo, en cuanto le fue posible, que se le diesen todos los honores, y solo se reservó los trabajos y fatigas de su dignidad. Teniendo siempre á la vista la idea que se habia formado de la carga terrible de su ministerio episcopal, se encerraba muchas veces para discurrir los medios de reparar lo que creia haber mirado con negligencia, ó para concluir lo que solo le parecia estar bosquejado. Fue tan grande la aplicacion del Santo á este género de trabajo, que se temió que perjudicase á su salud. Despues de estos exámenes privados, conferenciaba con el obispo de Calcedonia, esto es, con su auxiliar, á quien se habia dado aquel título al ordenarle. Veian los dos juntos las memorias y estados de la diócesi,

las notas y advertencias que habia dispuesto el Santo acerca del genio, capacidad y costumbres de los pastores y de los pueblos, acerca de los medios mas propios para desterrar los desórdenes y hacer que floreciesen las virtudes: y únicamente atentos los dos hermanos á la gloria de Dios y al bien de la Iglesia, caminaban siempre á un mismo fin.

11. Sin embargo, cada uno tenia su método y su índole particular. El antiguo obispo, naturalmente alegre, era muy accesible, tenia una bondad de corazón y una afabilidad inalterable, una caridad afectuosa, compasiva, siempre dispuesta á perdonar y aun á escusar las faltas ajenas. Al contrario, el auxiliar era sério, propenso á la severidad, é inflexible con los eclesiásticos viciosos, á lo menos en los casos de reincidencia. Como hacian los dos juntos la visita general de la diócesi, para trabajar despues en una reforma perfecta, el auxiliar, á quien comunicaba el titular su autoridad sin reserva alguna, hizo unas pesquisas rigurosas contra la mala conducta de los sacerdotes. Apenas se concluyó la visita, fueron á parar muchos de estos eclesiásticos á la cárcel de la corona. No desaprobó el santo obispo la severidad de su hermano, pero padeció mucho con este motivo su alma tierna y sensible.

12. Caia la puerta de la cárcel á un parage, por donde pasaba todos los dias para ir á decir misa. Estaban los presos en observacion, y aprovechaban aquel momento para pedirle perdon, protestando un arrepentimiento sincero. Con esto se enternecia el

Santo, y muchas veces no podia contener las lágrimas. Se representaba la clemencia infinita de Dios para con los pecadores, que no se cansa jamás de perdonarlos; que su ira cede por último á sus gemidos, y poseido de estos pensamientos, „¿será posible errar (esclamaba) siguiendo tan buen modelo? Si Dios se ha compadecido tantas veces de mis lágrimas ¿deberé yo mostrarme insensible á las de mis hermanos? Oye Dios las oraciones de los pecadores, y yo que soy el mas miserable de todos ellos, ¿seré sordo á sus ruegos? Al salir de la iglesia, mandaba que le abriesen la puerta de la cárcel, reprendia caritativamente á los presos, hacia que le diesen palabra de vivir mejor en lo sucesivo, y luego los ponía en libertad. No podia menos el ausiliar de admirar esta bondad de corazón; pero no dejaba de vituperársela y de representarle, tal vez con alguna aspereza, sus fatales consecuencias. El santo prelado se humillaba entonces hasta el punto de excusarse, y prometia que en adelante tendria mas firmeza; pero al otro dia le obligaba su sensibilidad á olvidarse de sus promesas y resoluciones, y á egecutar lo mismo que antes; en tanto grado que el ausiliar, con el objeto de hacerle variar de sistema, fingió que queria retirarse, y produjo este ardid todo el efecto que deseaba. Le entregó el obispo las llaves de la cárcel, y le suplicó que se las negase, si alguna vez se las pedia: „porque estos pobres (añadió) me compadecen mucho, y conozco que no puedo fiarme de mí mismo.” Como el obispo es padre y juez á un mismo tiempo, no puede dudarse que

se debe mezclar la dulzura con la severidad; pero en caso de esceder alguna de estas dos cualidades, debe ser la primera la que sobresalga, así como la misericordia de Dios se manifiesta mucho mas que su justicia.

13. Estando ya el santo obispo muy próximo al término de su carrera, y teniendo algo mas que un presentimiento de su cercana muerte, recibió una carta de su Soberano, en que le decia, que pasase á Aviñon, á donde pensaba ir él mismo á felicitar al Rey Luis XIII por la reduccion de los hugonotes del Lenguadoc (1). Su quebrantada salud, y el haberle oido algunas palabras misteriosas que se tuvieron justamente por una prediccion de su muerte próxima, bastó para que tratase su hermano de disuadirle de aquel viage; pero no pudo conseguir su intento, porque como el santo prelado no atendia á otra cosa que al bien de la Religion, miraba la concurrencia de las córtes de Francia y Saboya, como una ocasion preciosa que le ofrecia la divina Providencia para promover los intereses de la fe católica en aquella parte de su diócesi que dependia de la Francia. Teniendo pocos dias para prepararse, hizo á toda prisa su testamento, y dispuso todas las cosas como si se hubiese de morir al dia siguiente: lo que no pudo egecutar con tanto secreto que no llegase á traslucirse y á causar una consternacion general. Siempre que se presentaba en público, iba rodeado de un gentío inmenso: todos salian de sus casas, y dejaban el trabajo los

(1) Marsol. l. 7. = Anon. l. 2.

menstrales para ir á pedirle su bendicion. Este pastor sensible y padre cariñoso, no se contentaba con dársela, sino que se detenía á cada paso, consolaba á unos, sugería á otros algun medio de santificarse con los trabajos de su estado, y daba limosna á todos los que creía necesitados. Se detenía con un niño como pudiera hacerlo con una persona de distincion: les hacía la señal de la cruz en la frente y en el pecho, venerándolos como miembros inocentes de Jesucristo; y como los que le acompañaban manifestasen alguna impaciencia con este motivo, „el Hijo del mismo Dios (les decía) nos da ejemplo en esta parte. ¿Podrá censurárenos porque le imitemos?”

Llegada la hora de ponerse en camino, le acompañó el obispo de Calcedonia, con los principales individuos del clero y de la ciudad hasta Seissel, distante seis leguas de Annecy, esto es, hasta el parage en que, despues de haberse ocultado el Ródano algun trecho debajo de la tierra, vuelve á ser navegable. Antes de embarcarse les dió gracias con una humilde y viva sensibilidad: y arrodillándose pidió al Señor en alta voz, levantadas al cielo las manos y los ojos, que cuidase del pueblo que le había confiado, que fuese su pastor, y que reparase con la abundancia de sus gracias las faltas que él había cometido por efecto de su negligencia ó de su incapacidad. Levantóse despues, llorando amargamente todos los que estaban á su lado; les dió su bendicion, ó por mejor decir, pidió al Pastor eterno que los bendijese por sí mismo; los abrazó con paternal cariño, y se

encomendó á sus oraciones. Al momento se separó de ellos, entró en el rio, y se alejó de un lugar en que solo se oían suspiros y sollozos.

14. Era esto á mediados de Noviembre, y el Santo se sintió muy incomodado con el frio de la estación. No se atrevió el duque de Saboya á atravesar los montes, ya por razon del mal tiempo, y ya por su avanzada edad, y envió para que hiciese sus veces al cardenal Mauricio, su hijo, el cual acompañó á su Magestad Cristianísima hasta Leon, adónde pasaron tambien el Príncipe y la Princesa de Piamonte. Aunque estaban todos con mucha estrechéz á causa de la concurrencia de las córtes de Francia y Saboya en aquella ciudad, no hubiera dejado de tener el santo obispo una habitacion conveniente á su estado, si su mortificacion ingeniosa no se hubiese valido de las mismas circunstancias para conseguir el fin que se proponia. Ofreciéndole cuarto en su misma casa muchas personas distinguidas, y entre otras el intendente de la provincia, les respondió, que habiendo previsto la dificultad que habria para colocarse, había hecho de antemano sus diligencias, y tenia una habitacion cómoda. Supieron despues que vivia en el cuarto del jardinero de las monjas de la Visitación, y no fue posible sacarle de allí por mas instancias que se le hicieron. Era muy diestro en satisfacer á su mortificacion con estos artificios, de suerte que en todos sus viages nadie estaba peor alojado que él: y cuando sus familiares, avergonzados de ocupar ellos los mejores cuartos, le manifestaban cuán sensible

les era esto, tenia siempre mil razones aparentes para justificar su eleccion.

Pero quanto mayores esfuerzos hacia él para humillarse, tanto mayor era el empeño con que le honraban todos. A porfia daban testimonio las dos cortes de la eminente santidad que á pesar suyo resplandecia en todas sus acciones. No le costó dificultad conseguir la proteccion de su Magestad Cristianísima á favor de sus diocesanos católicos que estaban sujetos al gobierno de Francia. Habia heredado Luis el Justo la estimacion y afecto que profesó Enrique el Grande á tan digno obispo: le veneraban las Reinas María de Médicis y Ana de Austria: el Príncipe y la Princesa de Piamonte le miraban como á un amigo de Dios, y como á un Santo que atraia las bendiciones del cielo sobre su casa; y todos los cortesanos, movidos del egeemplo de sus amos y del conocimiento personal que muchos de ellos tenían de sus raras virtudes, anhelaban por su trato y comunicacion. Luego que cayó enfermo, estuvo continuamente llena de los personajes mas distinguidos de las dos cortes la vil morada de un pobre jardinero.

15. Laborioso hasta el último momento, é impulsado de un celo que le hacia superior á la naturaleza, predicó con mucho fuego, á pesar de su gran debilidad, en la iglesia de los jesuitas, á quienes habia honrado siempre con su amistad y aprecio. La vispera de Navidad bendijo una cruz colocada por mandato de su Magestad la Reina en el convento de recoletos, y volvió á predicar con su celo acostumbrado. Al

otro dia confesó al Príncipe y á la Princesa de Piamonte, les dijo misa, los comulgó, dió despues el hábito á dos novicias de la Visitacion, y predicó sobre el misterio del dia. Sin embargo del conocimiento que le habia dado Dios de su muerte próxima, conservó en todos estos egercicios la mas perfecta libertad de espíritu, y una gran confianza en la divina misericordia, sin turbacion, sin inquietud, sin ninguna mudanza en sus acciones y modales. Siempre habia obrado como si cada dia hubiese de ser el último de su vida; y así la cercanía de su muerte en nada disminuyó su tranquilidad. Habiendo prodigado en estas circunstancias grandes limosnas á un caballero que carecia de todo recurso, y no sabiendo éste cómo manifestarle su agradecimiento, le repetia sin cesar, que pediria por él al Señor con tanta eficacia, que aun en este mundo le daria ciento por uno. „Apresúrese usted, pues (le dijo), á proporcionarme esa fortuna, porque dentro de poco ni usted ni yo estaremos en este mundo:” y en efecto, no trascurrió mucho tiempo entre la muerte del caballero y la del Santo.

Al dia segundo de Navidad sintió Francisco un abatimiento extraordinario, y observó que le faltaba la vista. Mas no por eso dejó de celebrar la misa: despues de lo cual encontró al duque de Bellaguardia y al marqués de Alincourt, con quienes se detuvo un largo rato en la calle, no obstante que hacia un frio terrible. Pasó desde allí á casa del duque de Nemours, para suplicar á este Príncipe que perdonase á dos

dependientes suyos que habian incurrido en su indignacion por haber faltado al respeto que se merecia el Santo. Como resolvia marcharse en aquel mismo dia, fue tambien á casa del Príncipe y Princesa de Piemonte á despedirse de ellos, y á dar fin á algunos asuntos relativos al bien de su iglesia. Habiendo llegado á su casa, rendido del cansancio, le presentaron las botas, y no quiso recibirlas; pero habiendo vuelto á llevárselas de allí á un rato, dijo al ayuda de cámara: „bien está: me las pondré porque te empeñas en ello; pero no iremos muy lejos.” Despues de haber escrito algunas cartas de recomendacion, y de haber recibido á muchas gentes que iban á despedirse de él, se sintió tan falto de fuerza, que fue necesario llevarle á la cama, y no tardó en declararse la apoplejía que le quitó la vida de allí á dos dias; mas esta enfermedad, tan espantosa por su naturaleza, fue benigna y apacible para el Santo, y en cierto modo se revistió de su propio carácter.

Luego que circuló por la ciudad la nueva de que estaba enfermo de peligro, acudieron á verle grandes, prelados, eclesiásticos y religiosos. El duque de Nemours, que padecia un ataque de gota, ordenó que le llevasen á su casa. Háiale perseguido en otro tiempo con furor; pero en vista de su singular virtud era ya uno de sus mas celosos admiradores. Se echó á sus plantas, le cogió las manos, se las besó, regándolas con sus lágrimas, y le pidió su bendicion para sí y para el Príncipe del Ginebrés, su hijo primogénito. Madama Olivier, muger del intendente, fue

acompañada de sus dos hijas, y le pidió su bendicion para sí y para todos sus hijos. Despues de haberle dado el vicario general de Leon los testimonios del mas vivo interés en nombre de toda la diócesi, mandó esponer el Santísimo Sacramento en todas las iglesias para pedir á Dios el restablecimiento de su salud. Entre otros prelados, era amigo íntimo del obispo de Damasco, que era acreedor á ello por su piedad. Al acercarse á él este obispo, le dijo: „Vengo á ofrecerme á vos, querido hermano mio, con un cariño fraternal. Ya sabeis que está escrito que *el hermano ayudado por el hermano, es como una ciudad bien defendida*. Y está tambien escrito (replicó el enfermo, alargándole la mano) que *el Señor salvará al uno por medio del otro. Poned vuestra confianza en el Señor* (añadió el obispo de Damasco, usando siempre de las palabras de la Escritura).” *Y él os alimentará* (prosiguió en los mismos términos el fervoroso enfermo). No pudiendo enfrenar ya dentro de sí mismo los ímpetus del amor divino que le abrasaba: „*mi corazón y mi carne (esclamó) hánse regocijado con el Dios vivo. Cantaré eternamente las misericordias del Señor. ¿Pero cuando me veré en su presencia? Muéstrame, querido de mi alma, muéstrame el lugar donde descansas.*”

El padre Ferrier, jesuita, que no se alejaba de su lado, le propuso que dijese esta oracion de San Martin: *Señor, si soy todavía necesario á vuestro pueblo, no rehusó el trabajo*. Parece que la profunda humildad del Santo se ofendió de una comparacion, cuya exactitud conocian todos menos él. En vez de repetir la